

VOLUMEN GLOBAL Y SIGNIFICACIÓN DEL TRÁFICO MARÍTIMO MEDITERRÁNEO EN LOS SIGLOS V-IV A.C.

Overall size and meaning of the Mediterranean maritime traffic during the fifth and fourth centuries b.C.

Juan Carlos DOMÍNGUEZ PÉREZ
C/ Cardenal Zapata, n.º 5-3.º 11004 Cádiz.
Correo-e: jcarlosdp@hotmail.com

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 24-05-02

BIBLID [0514-7336 (2003) 56; 137-153]

RESUMEN: Tras realizar un repaso convencional de la secuencia material basándonos en el estudio vertical de yacimientos costeros, pecios y cartas arqueológicas del Mediterráneo durante los siglos V-IV a.C., este trabajo trata de presentar un modelo alternativo de estudio. Éste pretende la consideración de estos datos a un nivel horizontal con el fin de avanzar en la caracterización de las distintas líneas del tráfico marítimo en estos años, especialmente su intensidad y frecuencia, así como la distinta evolución del Mediterráneo occidental y oriental y la participación porcentual de cada *polis* en los fletes comerciales identificados.

Palabras clave: Tráfico marítimo. Dinámica de mercado. Pecios. Yacimientos costeros. Cartas arqueológicas.

ABSTRACT: After a standard review of the material sequence and upon a vertical study of some coastal fields, shipwrecks and archaeological charts in the Mediterranean Sea from the 5th to the 4th centuries b.C., this work tries to develop an alternative pattern of study. It pretends the valuation of these facts from an horizontal point of view with the aim of progressing in the make-up of the different maritime traffic lines in these years, specially their strength, and frequency, beside its evolution in the West and East Mediterranean Sea and the percentage participation of each *polis* in the trade charters which we have identified.

Key words: Maritime traffic. Market trend. Shipwrecks. Coastal fields. Archaeological charts.

1. Secuencia material y recomposición de la dinámica de mercado

La arqueología ha confirmado ya en muchos casos algunos de los extremos que las fuentes escritas habían propuesto para las primeras colonizaciones en el extremo occidental del Mediterráneo, aunque otros aún quedan a placer de nuestra fe en los clásicos. No obstante, sí tenemos ya una secuencia muy contrastada de la cronología y las características de los contactos comerciales previos al desembarco romano. El estudio comparativo de los hallazgos de importaciones de

cerámica y contenedores básicamente vinarios en los yacimientos costeros y fluviales que van desde el arco ligur al Estrecho de Gibraltar pasando por el Golfo de León, Levante y el sureste de nuestra Península nos ofrecen sin lugar a dudas un cuadro muy claro.

Dejando al margen otros registros previos, resulta evidente que estas costas son, al menos desde finales del siglo VII a.C., el objetivo comercial de múltiples productores interesados. Es a partir de esa fecha cuando se inicia una segunda apertura comercial de producciones greco-occidentales desde *Emporium* a lo largo de todo el

litoral catalán y el Bajo Ebro hasta *Saiganthé*, básicamente con artículos de lujo¹. Hasta ese momento los pioneros fenicios, a partir de su emporio ebusitano, habían llegado hasta Castellón con productos de subsistencia propios (Oliver-Gusi, 1991: 207-208), mientras que los etruscos –directa o indirectamente– ya habían tenido la oportunidad de valorar las posibilidades comerciales de la zona. De igual manera que los fenicios desde un principio habían procurado el acceso preferencial y el control único de los yacimientos de plata del sudoeste peninsular, también puede documentarse desde el 600 a.C. un importante comercio griego y etrusco centrado en zonas de explotación de los distritos mineros del Hérault (sur de Francia) (Maluquer, 1966: 185-190; Miró, 1989) y en las desembocaduras del Aude y del Orb, zonas todas de recepción, además, del estaño de las Casitérides y otros metales como el plomo con los que comerciaban los galos (Clavel-Leveque, 1985: 46). Es desde esta zona y bajo dirección foceo-massaliota como se produce la fundación de *Emporiom* y *Rhode*.

El primer establecimiento griego de nuestra Península (la *Palaiapolis* hasta ahora ha aportado datos en torno al 590/580 a.C.) (Murillo, 1994: 159-160; Almagro, 1964: 71) inmediatamente dinamiza las prospecciones comerciales foráneas aumentando progresivamente su radio de influencia al Levante peninsular y consolidando, a través de intermediarios indígenas y las distintas vías fluviales hacia el interior, la expansión de las

¹ Ya en el siglo VIII a.C. estos productos griegos estaban presentes en el foco sur de nuestra Península en yacimientos como los de Huelva, Almuñécar, Granada, Toscanos o Cerro del Mar. Se trataba fundamentalmente de objetos de prestigio (cráteras geométricas áticas, ánforas SOS, *skyphoi* protocorintios,...) que servían de presentes introductorios en el comercio aristocrático establecido con los tartesios, bien directamente por los griegos o a través de los fenicios. Con todo, también podemos encontrar cerámicas utilitarias y bienes de consumo como ánforas de vino y aceite y vajilla de mediana calidad en poblados andaluces donde pudieron existir comunidades orientales asentadas (Murillo, 1994: 151-152; Rouillard, 1985: 37). En cualquier caso, lo que más nos interesa es que hasta la segunda mitad del siglo VII a.C. probablemente no se produzcan los primeros contactos comerciales directos por parte de los focenses, primero con el sur, en el entorno de las importantes riquezas mineras onubenses (Maluquer, 1985: 19-20).

nuevas rutas encaminadas a la obtención de minerales y a la introducción como contrapartida de productos de consumo como el vino o el aceite (Oliver-Gusi, 1991: 207). Éste es el momento, por ejemplo, en que en *Saiganthé*, a un evidente estrato de producciones fenicias del siglo anterior, se superpone una tímida presencia de elementos griegos coloniales (Aranegui, 1994: 32); el momento en que aparecen las primeras piezas de vajilla fina ática en la costa alicantina (concretamente en el Tossal de Manises y en el Cabezo Lucero) (García Cano, 1985: 59); e, incluso, cuando se vislumbra ya una vía de penetración hacia el interior de la Meseta que a partir de la costa valenciana (La Bastida y Covalta), murciana (Archena) o propiamente alicantina (El Puntal) establecerá una ruta lineal a través de Albacete (Los Villares y Hoya de Santa Ana) y Jaén (Cástulo) hasta llegar a Badajoz (Cancho Ruano) (Blánquez, 1990; Eiroa, 1989).

A nivel global lo que se está produciendo es una palpable reordenación de los centros comerciales peninsulares tras la crisis de Tartessos, el posible agotamiento –asociado o no– de las minas de plata del suroeste peninsular y el relativo decaimiento del comercio del estaño por la vía atlántica, unido a la apertura de nuevas rutas noreuropeas por el Ródano. Este proceso debió suponer una revalorización del Levante y el sureste de la Península Ibérica no sólo por sus posibilidades propias, sino también –como se ha apuntado arriba– por la función de puente que estas zonas ejercieron desde un principio hacia la zona minera de Cástulo. Esta reordenación, sin embargo, acabó configurando a finales del siglo VI a.C. tres grandes centros comerciales: el de *Emporiom-Ullastret*, por un lado, y los de *Aibos-him* (Ebussus) y *Gadir*, por el otro, que previamente habían constituido sendos *círculos productivos* independientes. El hundimiento de la llamada talasocracia focense tras la caída de Focea ante los persas (546 a.C.) y la batalla de Alalía (535 a.C.) frente a una alianza de etruscos y cartagineses favoreció el crecimiento hegemónico de Cartago, que a partir de ese momento impulsó la integración de las *poleis* nacientes en la *Liga de Gadir* (Arteaga, 1994).

Mientras, en el área ampuritana, se constituye un foco común que abarca tanto la zona íbera como el litoral del Golfo de León hasta *Massalia*

y que identifica cultural y comercialmente el occidente de la costa francesa desde el Hérault hasta la costa catalana (Solier, 1976-1978). En concreto, su área de influencia ya a principios del V a.C. abarcaba por el norte los principales enclaves del Bajo Ampurdán, el Languedoc y el Rosellón (*Rhode, Emporium, Ullastret, Pontós, Illiberis, Ruscino, Pecho-Maho, Ensérune...*) y por el sur la costa catalana y algunos puntos del litoral castellonés (*Ilduro, Puig Castellar, Can Fatjó, Mas Castellar, Punta d'Orleil, Sant Josep, Molera del Remei y Saiganthé*). Con todo, tras la decadencia de la metrópoli massaliota, *Emporium* liderará el comercio directo de toda la zona con la propia Atenas, de manera tímida en la primera mitad y mucho más intensamente en la última². En este período resulta palpable el predominio de las importaciones de cerámica ática de barniz negro, así como la de figuras negras. En cuanto a otros productos, se aprecia la presencia de copas jonias y una paulatina sustitución de las ánforas corintias y etruscas por las massaliotas (Sánchez Fernández, 1987; Oliver-Gusi, 1995; Oliver, 1990-1991; Martín i Ortega 1982), que se imponen desde mediados de siglo en sus distintas variantes (básicamente las PY-2, 3 y 4) y que en muchos casos pervivirán como contenedores vinarios junto a las ibéricas, fenicias y púnico-ebusitanas hasta la irrupción de las primeras greco-ítálicas.

Para nuestro interés lo más importante es resaltar la irrupción de dos géneros de singular trascendencia en el desarrollo posterior del fenómeno distributivo en esta área de estudio: el barniz negro ático como cerámica de prestigio con carácter simbólico vinculado a tradiciones religiosas tomadas del Mediterráneo (el *symposium*, por ejemplo), así como a elementos de distinción social por parte de una élite privilegiada que entra en contacto directo con los colonizadores; y las ánforas vinarias, palpable demostración de

² Fruto de esa decadencia, *Massalia*, que había emitido siempre sus monedas siguiendo la metrología de Asia Menor (en contra del sistema utilizado en Grecia Central, Magna Grecia y Sicilia), se verá obligada a reformar parcialmente sus acuñaciones desde mediados del siglo V a.C. para entrar en la zona de influencia de Sicilia y la Magna Grecia (Campo, 1992: 118). Curiosamente *Emporium* realizará reformas muy parecidas en el siglo IV a.C., como veremos más adelante.

la introducción del consumo del vino, asociado igualmente a la asimilación por parte de las mismas élites del ciclo dionisiaco y el rito de la libación (García Cano, 1985: 59-60). Resulta evidente que la presencia de comerciantes mediterráneos en estos puntos de la costa con su oferta de bienes y productos nuevos y atractivos debió alterar la situación económica anterior y que debió ser este estímulo el que presionó para pasar de una producción destinada al uso a una producción destinada al intercambio. Y, como existe una coincidencia cronológica entre el inicio de la estratificación social y los primeros contactos mediterráneos, aunque no podamos asegurar una relación causa-efecto, sí podemos afirmar que la aparición de estos grupos sociales diferenciados está asociada al control de los recursos críticos y a su distribución (Ruiz Zapatero, 1984)³.

Desde finales del siglo V a.C. prácticamente todos los poblados de la costa mediterránea y del interior medio desde la desembocadura del Ródano hasta la del Segura en el sureste de nuestra Península reciben vajilla ática, cuyos tipos y formas concretas se repiten hasta la primera mitad del siglo IV a.C. (*kantharoi* de la clase de Saint-Valentin, copas tipo Cástulo, *kylices* de pie bajo, *skyphoi* y algunas figuras rojas sobre *kylices* de pie alto o cráteras de campana)⁴. Durante este

³ Al respecto, parece evidente una clara escisión entre las tribus de la costa y las del interior, en la que, en el caso concreto de los *ilergetes*, hasta la aparición de relaciones con los púnicos y los romanos no aparecerán estas diferencias entre clases sociales (Pujol, 1985: 57-60).

⁴ El estado actual de las investigaciones en el territorio andaluz sólo permite apreciaciones parciales no exentas de una gran dosis de cautela. Estos estudios sugieren una relativa escasez de productos áticos y además grandes diferencias entre la costa y el interior, así como la existencia de dos vías distintas de penetración: una desde las costas levantinas y otra desde *Gadir*. Aun así, y aunque los cartagineses también redistribuyeron por sus zonas de influencia los barnices negros de la esfera greco-ítálica, parece que normalmente impusieron sus propias producciones (Ádroher-López, 1989: 382-384; Ádroher, 1987-1988: 185-194). En una línea radicalmente distinta, Olmos, 1985: 12-13. En él sostiene que los esquemas e intereses fenicio-foceos (cartagineses-griegos occidentales) se entremezclan y hasta superponen en Andalucía demostrando la existencia de una interacción continua, aunque da la sensación de que el comercio griego viene en gran medida a cubrir necesidades ya muy arraigadas en el Occidente tartésico. De ahí la teoría de una *koiné* mediterránea con influjos comunes en nuestra tierra.

período se establece una asociación palpable en gran parte de nuestros yacimientos entre estas producciones áticas de barniz negro, que aparecen ya con decoración impresa de palmetas, ovas y ruedecilla y sobre las también muy repetidas formas 21 y 22 de Lamboglia⁵ (García Cano, 1985: 67; Blánquez, 1990a: 444-456; Lamboglia, 1954: 110-122), y la cerámica figurada roja, por lo que puede afirmarse que su producción es prácticamente contemporánea, así como su aparición en Occidente posiblemente incluso formando parte de los mismos cargamentos. Este hecho resulta de vital importancia porque el proceso de asociación de producciones comercializables de un más que presumible mismo punto de origen político-geográfico se repetirá más adelante. Es a mediados del siglo IV a.C. cuando se produce en el Mediterráneo occidental la sustitución del barniz negro ático por productos similares realizados en la Península Itálica y otros centros occidentales, lo que a la larga provocará la desaparición de los primeros de nuestros poblados a principios ya del siglo III a.C. (Oliver, 1990-1991: 184; García Cano, 1985: 67; Blánquez, 1990b)⁶.

Lo cierto es que a lo largo del siglo IV a.C. se aprecia una comercialización intensiva y regular de los citados productos áticos. Pero su grado de calidad desciende considerablemente, fruto de un proceso de producción mucho más estandarizado. Se trata por lo general de los mismos modelos que a finales del siglo anterior (copas y

cráteras), pero ahora fabricados de forma rápida, hecho visible en su inferior nivel de acabado. Debe deducirse de ello que, de constituir elementos de distinción y prestigio social, en el transcurso del siglo han pasado a convertirse —a tenor de su proliferación— en bienes de uso y consumo. Esto, al menos, es lo que puede entenderse de dos fenómenos asociados que aparecen de manera contemporánea: el aumento de la proporción global y la escasa variedad tipológica de las copas, hecho que progresivamente se va acentuando, y la menor presencia de éstas en las necrópolis en favor de la cratera de campana, que había sido reinterpretada poco tiempo atrás por los iberos como contenedor cinerario (Murillo, 1994: 165-169). Mientras tanto, y de forma paralela, a la vez que las ofrendas de armas continúan distinguiendo estos depósitos funerarios, lo sagrado adquiere formas materiales organizadas que pueden dar buena cuenta de la medida de la riqueza engendrada por el desarrollo de los intercambios. Más que los hábitats tradicionales son a partir de ahora los caminos que unen las zonas del interior con el litoral los que ofrecerán la capacidad de acumulación de bienes (Aranguí, 1995: 28).

Al margen de esto, la evolución del siglo va a traer importantes cambios que demuestran que en el balance geopolítico del Mediterráneo occidental se están produciendo importantes reajustes y corrimientos en el peso definitivo de cada una de las potencias. En *Massalia* es palpable ya desde mediados de siglo un aumento de la presencia de producciones cerámicas de la Magna Grecia (Clavel-Leveque, 1985: 44-45)⁷. Un proceso muy similar ocurre en *Emporion* a tenor de un depósito de materiales recientemente hallado en el sector meridional. Pero lo más importante es la presencia en esta ciudad, junto a ánforas massaliotas (PY-5), corintias (forma "A" de KOEHLER), púnicas del Mediterráneo central (RAMÓN 7.1.2.1 de Sicilia occidental; 4.2.1.1 de Cerdeña; y 4.2.1.5 de Tunicia), púnico-ebusitanas

⁵ Estas cerámicas se convierten inmediatamente en el producto más demandado del Mediterráneo occidental hasta el punto de que desde finales del IV-principios del III a.C. ya aparecen en la zona al menos dos centros nuevos importantes de producción que evolucionan directamente de las técnicas áticas de barniz negro: el de Pequeñas Estampillas en suelo itálico y el de Páteras de Tres Palmetas Radiales en Rosas. En la actualidad nuevos estudios muestran claros indicios para reconocer nuevos talleres como el de Nikia-Ión y el de Tres Palmetas Radiales y Roseta Central (3+1) en el ámbito de tradición griega, más el de "Kouass" en el púnico.

⁶ La sustitución de las producciones áticas por las suditálicas (frecuentemente identificadas como *protocampanienses*) pueden verse claramente en multitud de yacimientos (Vall de Pla, 1971: 181-187; Cuadrado, 1950: 165-171; Álvarez-Carrasco, 1979-1980: 242-249; Mequizar, 1954: 160-171; Oliva, 1968: 171-173; Martín Camino, 1994: 47-49; Ponsich, 1969: 59-62; Ruiz-Molinos, 1993: 98-99).

⁷ Los vasos italiotas se han encontrado junto a cerámica pre- y proto-campaniense prácticamente en todos los yacimientos de la zona desde la Provenza a los Pirineos: Montlaurés, Mailhac, Peyriac-de-Mer, Pech-Maho, Béziers, Ruscino, Sigean, Ensérune...

(PE-14) e ibéricas, de fragmentos de ejemplares que en opinión de los autores “deben pertenecer a las fases iniciales de producción que deben conducir en el siglo III a.C. y en Sicilia a las greco-italicas antiguas (Will A1)” (Sanmartí-Castanyer-Tremoleda *et al.*, 1995: 33-38). Resulta evidente que la desaparición casi general de las ánforas griegas produce un vacío en el mercado que se intenta llenar con soluciones locales de escaso peso en el fenómeno distributivo global y que concurren con éxito dispar según su ámbito de influencia y siempre de manera inversamente proporcional a la distancia entre los puertos. Por otro lado, esta progresiva y manifiesta retirada de las ánforas griegas⁸ (salvo la presencia poco más que testimonial de algunas corintias) es un fenómeno presente en igual medida y significación en toda la Península Ibérica, donde, salvo en Toscanos, no encontramos hallazgos de este tipo con carácter destacable (Rouillard, 1985: 39).

De esta misma época parece ser el santuario de Asklepios y las nuevas defensas construidas en la *Neapolis* de *Emporion* coincidiendo con la fusión política de las dos comunidades, la griega y la indígena (Sanmartí-Grego, 1994: 27-28). El comercio, tradicionalmente avalado por la protección de sus propios dioses, sale así fortalecido gracias a la ampliación de su base civil, a la desaparición de las barreras físicas y culturales que separaban a ambas comunidades y, sobre todo, a la dedicación íntegra y compartida al control de aquellos recursos de interés para el tráfico marítimo. Por otro lado, *Emporion* abandona su tradicional metrología monetaria inspirada en la de *Massalia* y Asia Menor (la plata fraccionaria) y se incorpora a los tipos del sur de Italia y Sicilia creando emisiones propias que circularán por toda la zona costera mediterránea y, a pesar de su escasa cantidad, gozarán de gran difusión e imitación. Se trata de numerales por lo general más acordes con la realidad económica del momento y que incorporan elementos originales que pueden darnos algunas pistas sobre este proceso. Aparece por primera vez la leyenda

⁸ Es de suponer que la gran conflictividad existente en Grecia en este siglo y la pérdida de la hegemonía ateniense tras la Guerra del Peloponeso serían las causas de este proceso.

completa de la ciudad (“EMPORITON”) en vez de las abreviaturas tradicionales (“EM” o, a lo sumo, “EMP”), con lo que refuerza su identidad probablemente bajo las necesidades de alcanzar a poblaciones más alejadas a las que hasta ahora, al menos de manera directa, no había llegado. De igual forma se modifica sustancialmente la iconografía específica procediendo a la mezcla de imágenes típicas cartaginesas (el caballo parado) con otra griegas (la Victoria). Siguiendo su estela, a finales de siglo *Rhode* emitirá por primera vez dracmas de gran calidad artística y presumiblemente con la misma intención (Campo, 1992: 199-200). Es de suponer que en este momento el aval de la moneda no sólo reside en su valor material, sino también en el prestigio de la ciudad de origen plasmado en el tipo artístico y en la calidad de su realización.

A lo largo del siglo *Emporion* se consolida como uno de los principales puertos de fin de trayecto en el Extremo Mediterráneo occidental y con importantes relaciones con *Carthago*, vía *Ebussus*, y Sicilia (Sanmartí-Castanyer-Tremoleda *et al.*, 1995: 44-46). De él se abastecen barcos como el del Sec merced a su actuación como centro redistribuidor por la costa ibérica de productos de importación a cambio de los excedentes cerealísticos panificables, obtenidos de la explotación intensiva de los recursos circundantes⁹. Pero, tal como demuestran los vasos áticos de este siglo encontrados en poblados y necrópolis de la Alta Andalucía, existen circuitos comerciales paralelos que ponen en contacto la Hélade con los poblados ibéricos del interior a través de Cartago y de las factorías de la órbita púnica en el sur y sureste de la Península, que actúan como puertos de comercio redistribuidores de los productos importados (López, 1984, 143).

⁹ Existe, además de los conocidos silos, una serie de construcciones elevadas dedicadas también al almacenamiento de los citados excedentes. Se han identificado, por ejemplo, en la Moleta del Remei (en tres casos distintos y con cronologías del V a.C., principios del IV a.C. y finales del IV-principios del III a.C.), Illeta dels Banyets (V-IV a.C. y asociadas a otras estructuras de carácter religioso), El Amarejo y La Balaguera (IV-III a.C.) y Torre de Foros (en un momento no determinado del horizonte ibérico) (Gracia, 1995: 91-98).

La ruta en sí manifiesta la potencialidad (comercial, política) de Cartago que, con los grandes cambios que se están operando en el área de tradición foceo-massaliota, se coloca como potencia hegemónica en la mitad sur de esta parte del Mediterráneo. Así lo atestigua el conocido Tratado firmado con Roma en el 348 a.C., hecho que demuestra que la metrópolis cartaginesa está en ese momento en condiciones de imponer claras limitaciones a la expansión de futuros competidores en las grandes islas, el norte de África y el Levante hispano; pero que también manifiesta, por un lado, la existencia de un comercio regulado por tratado (López Castro, 1990: 79; 1991: 96-103) y, por el otro, la clara conciencia que tienen los cartagineses de quién puede convertirse en los próximos años en alternativa política, económica y comercial a su poder, en ese momento prácticamente indisputado¹⁰. Esta nueva situación del ultramar generada será palpable a lo largo de todo el litoral peninsular donde, desde Cataluña a *Gadir* asistimos a un importante crecimiento de las importaciones cartaginesas (González Wagner, 1994: 14; Artega, 1994: 48), mientras que a lo largo de la segunda mitad del siglo IV a.C. algunos poblados del Levante, sureste y La Mancha son destruidos (La Bastida, El Puig, Covalta) y otros son reestructurados completamente o creados de nueva planta en lugares estratégicos y bien comunicados (El Amarejo, Puntal dels Llops) (Ruiz-Molinos, 1993: 81-84).

No obstante, la situación no puede simplificarse ni reducirse a las consecuencias (opinadas) de los tratados. Por el norte *Massalia* intenta penetrar (¿sin mucho éxito?) en los itinerarios púnicos citados, mientras hay una progresiva confluencia en competencia de productos de Tarento y Siracusa en estos mercados, pero sin provocar —debido a su escaso número—

¹⁰ Roma había creado recientemente (350 a.C.) su propio puerto en la desembocadura del Tíber (Ostia), pero aún no tenía intereses comerciales fuera de Italia Central ni posibilidades de emprender un comercio de envergadura en ultramar. En cambio, *Massalia*, tradicional aliada de Roma, conservaba el sur de la Galia e importantes intereses en las costas hispanas hasta el Levante (Blázquez, 1981: 18).

cambios¹¹. Ya a finales de siglo resulta significativo el enfrentamiento directo entre Siracusa y Cartago. Sin duda, la lucha por el control de Sicilia esconde muchos intereses, fruto de la actuación de ambas potencias en su disputa por los mercados. Curiosamente hasta ese momento (300 a.C.) Cartago no realiza su primera emisión monetaria, posiblemente con el fin de pagar a los mercenarios empleados en esta guerra y con plata extraída de los centros mineros hispanos (Chic-De Frutos, 1984: 222-226). Finalmente lo que sí parece ir tomando cuerpo en base a los hallazgos arqueológicos es que, aunque no existan en realidad lo que se han dado en llamar *zonas de exclusión* o de dominio cartaginés, se van consolidando lentamente dos áreas de influencia en base a las conocidas cláusulas del Tratado del 348 (Artega, 1981: 129-130)¹².

2. Tráfico marítimo: volumen global y significación en la antesala del cambio

2.1. Metodología y técnicas utilizadas

Una vez realizado el estudio de la secuencia material y la dinámica general de mercado basándonos en una *cata* vertical de los yacimientos costeros, pecios y cartas arqueológicas seleccionados, convendría proceder con la consideración de esos datos a nivel horizontal, en su proyección geográfica a lo largo del Mediterráneo. Con ello conseguiríamos avanzar en las líneas de tráfico marítimo del período dado (V-IV a.C.). No nos interesan ya, sin embargo, las rutas o itinerarios, sino la intensidad de ese tráfico, la frecuencia con

¹¹ Probablemente deban relacionarse con Siracusa las ánforas greco-occidentales de origen siciliota (similares a las del Sec) encontradas en El Puntal de Salinas, en el Alto Vinalopó (Hernández-Sala, 1996: 58).

¹² En él se aprecia la inexistencia en la zona de predominio púnico de cualquiera de las producciones protocampanienses del área de influencia griega, incluidas las del Taller de Pequeñas Estampillas, e incluso las de Campanienses A antiguas. Esto puede sugerir, de confirmarse como parece en otros yacimientos, la sustitución de esas producciones en la zona por variantes locales hasta el momento de la derrota de Cartago en la Segunda Guerra Púnica, sobre todo tras comprobar que sí existen en éstos las Campanienses tardías.

que los mercantes arribaban a los mercados occidentales durante estos años. Los datos que manejamos para ello aún son poco representativos a nivel estadístico, pero pueden resultarnos significativos si los combinamos.

Pocos trabajos globales permiten en la actualidad evaluar estos parámetros. Únicamente el trabajo de Parker (1992) recoge datos elementales para evaluarlos. Partiendo de más de 1.200 pecios y hallazgos subacuáticos se puede avanzar en las líneas generales aislando primero los pertenecientes al ámbito cronológico de estudio, para después ir asociando los materiales encontrados con fechas más concretas que nos permitan ir agrupando estos hallazgos en categorías temporales-tipo que, a la vez, nos sirvan de criterio para fijarlos. Con esos datos construimos por cada hallazgo (ya fuere un pecio, un yacimiento, una carta arqueológica submarina o un conjunto considerable de restos agrupados con una unidad y un referente cronológico claros) un cuadrado de 2 x 2 cm que debía referir exteriormente el hallazgo dado en su contexto histórico y en relación con los demás. Estos cuadrados, además, debían contener la información explícita de la procedencia de aquellos materiales más representativos por su porcentaje en el total de la carga y el origen de cada hallazgo estudiado. Para su elaboración se estudiaron los volúmenes totales (reconocidos o encontrados) de la carga, así como los porcentajes de los materiales de cada una de las procedencias concretadas. No obstante, para simplificar la representación particular en algunos casos se eliminaron aquellos materiales de escasa participación total en la carga en la creencia de que éstos no pudieron ser protagonistas del comercio ultramarino, sino, más bien, testigos de los sucesivos ataques y del comercio menor realizados en los puertos intermedios e, incluso, otras veces, meros utensilios para cubrir las necesidades domésticas de los marineros del barco.

Mediante este procedimiento tendríamos en la gráfica no sólo una línea teórica de evolución del tráfico marítimo en esta parte del Mediterráneo, sino también, y sobre todo, la identificación pormenorizada de aquellos objetos de comercio más demandados, de su lugar de origen y de su confluencia en los mercados con

otras producciones en competencia. Desde el principio fuimos conscientes de que los datos eran estadísticamente muy escasos y que deberíamos contar como variable estable de ponderación de nuestros resultados la silenciosa presencia de los materiales que aún no se han encontrado. Con todo, asumimos los riesgos no por el sentido explícito final del volumen de tráfico global encontrado, cuya validez científica más bien rayaba lo abstracto, sino por el referente comparativo que podía establecerse si partíamos del mismo *corpus* mediterráneo. Buscábamos en ello unas mínimas *líneas generales de tránsito* al amparo de los acontecimientos políticos y económicos que estaban ocurriendo en toda la cuenca y de cómo éstos estaban modificando el panorama comercial de Occidente.

La identificación del cargamento pormenorizado daba cuenta, además, de los intereses que se habían generado dejando al margen la identidad de los intermediarios, la mayoría de las veces invisibles ante nuestros esfuerzos por revelarlos. Incluso la configuración mixta de estos hallazgos podían ofrecernos interesantes informaciones sobre las rutas intermedias y puertos utilizados (así se hizo, por ejemplo, con el Barco del Sec), el potencial comercial de cada metrópolis con materiales representados, el porcentaje de producciones locales en los mercados y, finalmente, —eso veníamos buscando— la aparición de nuevas potencias con intereses comerciales palpables, declarados a través de sus productos, que empiezan a competir en el Mediterráneo en busca de un lugar propio, de una cuota de mercado, proponiéndose abiertamente como el relevo a los viejos emporios que ya hemos referido más arriba. Lamentablemente en este estudio eran estadísticamente menores —ya lo hemos dicho— los datos de yacimientos púnicos norteafricanos, hecho que nos obligó de entrada a no cuantitativizar los resultados de este entorno para evitar por defecto una valoración injusta de su porcentaje final.

Paralelamente se elaboró un análisis comparativo del volumen de tráfico marítimo del Mediterráneo occidental sobre el total de hallazgos reconocidos en todo el Mediterráneo. Pretendíamos con ello realizar un marco de referencia, un fondo real (o, a lo sumo, con idénticas carencias

representativas) que nos permitiera fundar, siquiera de manera elemental, este análisis crítico. Esta referencia global contenía las mismas limitaciones estadísticas y representativas (como el evidente abultamiento de las cantidades correspondientes a los límites y mediados de cada siglo), pero también coincidencias y discordancias significativas que podían hacer útil el intento, sobre todo si se completaba con los datos extraídos del primer gráfico, habida cuenta de que en los siglos que estudiamos hay una implicación continua de metrópolis mediterráneas extra-occidentales (áticas, corintias, minorasiáticas, o del Egeo) en este tráfico.

En síntesis, de manera general se confirman los estudios previos sobre itinerarios y puertos, pero, además de la falta de datos ya expuesta sobre el mundo púnico extra-siciliota (al que en este caso se une también el de Córcega y Cerdeña), también debemos contar con la distorsión de nuestros propios datos al potenciar en primer lugar los hallazgos realizados en áreas de países desarrollados frente a los norteafricanos o la zona de los Balcanes; y, en segundo lugar, magnificando la ruta de cabotaje (en este caso la de tradición focea) frente a los itinerarios de mar abierto. Hecho éste que no puede ocultar la relación con el gran número de estos hallazgos que se han producido, no como fruto de unas prospecciones programadas, sino como consecuencia de avistamientos casuales o referencias visuales por parte de bañistas o submarinistas que disfrutaban de las costas para sus actividades de ocio y descanso.

2.2. Análisis contextualizado

A finales del siglo VI a.C. se habían producido en el Mediterráneo occidental algunos acontecimientos políticos de relieve que afectarían de manera considerable al equilibrio comercial de los años siguientes. Se había producido la decadencia definitiva del poder etrusco, primero al ser derrotado en Cumas (524 a.C.) y, más tarde, expulsado Tarquinio el Soberbio de Roma (509 a.C.). Esto había hecho que Cartago ofreciera a la nueva República un tratado de reconocimiento de sus derechos comerciales en esta parte del Mediterráneo (Pol. III, 22: 4-13) que la colocaba

al frente de las potencias de la zona. Pero estos acontecimientos locales no eran ajenos a las consecuencias que tendrían las Guerras Médicas (499/492; 480/479 a.C.) en el otro extremo de la cuenca. Resulta visible en nuestro gráfico un moderado –pero considerable– descenso del tráfico marítimo registrado en esos años (500-475 a.C.) en los dos campos estudiados. En este momento existe aún una correlación casi directa entre el comercio occidental y el oriental, a expensas de las llegadas de producciones procedentes sobre todo de Atenas y de Corinto. Estos hechos son visibles en los porcentajes de los materiales sobre el total de los hallazgos. Existe aún una primacía de productos corintios (38% del total) sobre los áticos, cuya consecuencia ha bajado como consecuencia de los enfrentamientos con los persas que hasta las victorias de *Salamina* (480 a.C.), *Platea* y *Cabo Micala* (479 a.C.) no se verán parcialmente solucionados. Resultan beneficiados de estos acontecimientos, en primer lugar, los púnicos, cuyas producciones ya suponen el 25% del total hallado; y, en segundo lugar, los massaliotas, con un porcentaje idéntico, que se erigen ahora en representantes y herederos de los intereses del comercio ático. En cambio, los etruscos, aunque no desaparecen, sí asumen ya un papel secundario que no variará hasta su conquista y asimilación por el coloso romano.

En esta época, no obstante, se están produciendo otras transformaciones que no están presentes en los hallazgos estudiados. Fruto de la pérdida del comercio del estaño al norte del Ródano, *Massalia* reconduce sus objetivos hacia la plata de los poblados hispanos, lo que acaba produciendo el enfrentamiento con Cartago cerca del Cabo de La Nao del que tenemos referencia en torno al 490 a.C. (Sosylos, *Fr. Gr.H.*: 176, f. 3). Mientras tanto, crece el poder político y económico-comercial de las ciudades griegas de Occidente que, como Siracusa, plantan cara y vencen a Cartago (*Hímera*, 480 a.C.), lo que provoca el despertar de una política expansionista siracusana más allá de la isla, llegando incluso a derrotar a los etruscos en Cumas (474 a.C.), en su disputa por los principales centros comerciales al alcance de su mano, así como de las rutas entre el Estrecho de Messina y el Tirreno sur.

En el período siguiente (475-450 a.C.), no obstante, se produce a tenor de nuestros datos un desajuste significativo entre el tráfico global y el de nuestra parte del Mediterráneo. Atenas ha conseguido sacar adelante su *Liga de Delos* (477 a.C.) en su esfuerzo por recuperar el espacio comercial cedido años atrás, fuente por otra parte de su poder político. Éste es el momento del imperialismo abierto ateniense que, apoyado en sus aliados del Egeo, pretende recolocar sus conocidos vasos de figuras rojas en los mercados tradicionales. Pero esta política “recolonizadora” no tiene, al menos en nuestro muestreo, éxito en Occidente, donde el tráfico mantiene su cuadro decadente en un proceso de reelaboración de las potencias y los mercados, habida cuenta del vacío que las metrópolis orientales han dejado. Únicamente tenemos constatación de los productos corintios (con un 50%), en igual medida que la aspirante massaliota, que se postulaba entonces como nueva referencia helena en este plano. Por lo que vemos Corinto ha conseguido “salvar los trastos” rediseñando con éxito su política comercial. En cambio, los vasos áticos llegarán prácticamente casi a desaparecer de Occidente a pesar de la nueva política comercial de Pericles que, a través de alianzas y nuevas fundaciones en la zona de Messina y de una mejora de las relaciones con Cartago, fracasará en su intento de recuperación vía *Massalia* y frente al nuevo poder siracusano. En este momento, fruto de su vitalidad económica y del control comercial de las rutas occidentales, las ciudades púnicas de Sicilia (no así Cartago) empiezan a acuñar sus primeras emisiones monetales generalmente en plata. Conocedora del rumbo que están tomando los mercados, *Emporium* emprende sus acuñaciones, con patrón siciliano y foceo-fenicio, con el ánimo palpable de no renunciar a las posibilidades comerciales que le ofrecían por un lado Sicilia y la Magna Grecia peninsular y por otro las ciudades del ámbito de Cartago, además —claro está— de los enclaves de tradición focea.

En el período que va desde mediados de siglo al 425 a.C. se consolidan las líneas generales señaladas para el Mediterráneo occidental que sólo recoge un hallazgo de carga exclusivamente corintia, al amparo de las nuevas líneas comerciales de la metrópolis de Siracusa, que sale

ganando del volumen comercial que ahora genera este puerto siciliota tal como se deduce del lugar de los hallazgos¹³. A nivel global el estallido de la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.) enfrenta a Atenas y su liga contra Esparta y las potencias marítimas de Corinto y Megara en un nuevo episodio por la supremacía comercial de los mares aderezado con las desconfianzas mutuas de atenienses y espartanos que la oligarquía corintia supo manejar para su apañío. El propio asedio ateniense a Siracusa (entre 415-413 a.C.), que se había aliado con Corinto y Esparta frente a un posterior acuerdo de Atenas con Cartago (408-405 a.C.) demuestra, a pesar de su fracaso, el posicionamiento político de todos los implicados siguiendo el interés económico y la asociación comercial a sus proyectos de mercado. La *Paz de Nicias* (421 a.C.) permitió recuperar parcialmente el tráfico comercial, pero el traslado del campo de operaciones a Sicilia, hasta que el propio Nicias fue cercado con su ejército en Siracusa y decapitado, demostraba que lo que se estaba ventilando no era el resultado de una guerra continental de dos imperios con modelos enfrentados, sino el dominio del mar y sus posibilidades de generar riqueza para los estados. Los propios porcentajes de los materiales de la época encontrados nos aportan unos datos muy interesantes. Corinto, vencedora junto a Esparta, conserva más de una cuarta parte del total de materiales importados (un 28%); Cartago y el mundo púnico dependiente, junto a *Massalia*, una quinta parte en la práctica cada uno (un 19 y un 20% respectivamente); pero, mientras los productos áticos casi desaparecen (sólo un 8% del total; los minorasiáticos —como referencia— casi alcanzan el 4%), irrumpen con fuerza

¹³ Resulta significativo que en la mayoría de los hallazgos de pecios con producciones corintias éstas son prácticamente exclusivas —en base a nuestros datos— en sus naves (n.ºs 1, 5, 6, 15 y 24) y que gran parte de éstos se encontraron en las rutas controladas por su colonia siracusana (n.ºs 1, 5, 6 y 24). Este estilo casi “de carga única” supone una confianza plena en la colocación de un cargamento poco variado genéricamente y sólo con producciones muy singulares y “esperadas” en los mercados resultaba posible realizarlo, como fueron por ejemplo, las ánforas massaliotas del siglo IV a.C. (n.ºs 11 y 12) o las greco-italicas de finales del IV-principios del III a.C. (n.ºs 18, 19, 22, 23, 25 y 27).

los productos de la Magna Grecia, que ya en este momento superan a los massaliotas y a los de Cartago.

El fin de siglo nos proporciona una moderada aclaración del panorama comercial. Ante el hundimiento de Atenas en el Mediterráneo occidental se consolida la presencia de Corinto, aunque con unas limitaciones claras, y se proyecta el papel de Siracusa, que desarrolla una política prohelénica con Dionisio el Viejo (405-367 a.C.) frente a Cartago, especialmente diseñada para beneficiar a los productores de vino y aceite de su reino, su principal apoyo frente a los grandes propietarios productores de trigo, sus principales enemigos políticos (Petit, 1982: 147). Fruto de su supremacía económica ocupa el lugar dejado por los etruscos en el Tirreno ocupando las Islas Lípári y Córcega, saqueando Pyrgi y Caere y estableciendo un férreo control en el Estrecho de Messina que utiliza para controlar también el Adriático. La pujanza de su moneda de plata (frente al bronce etrusco), su alianza con Tarento y su bien medida función de intermediaria obligada entre Grecia y *Massalia*, sin dejar de lado sus relaciones con Esparta (con quien comparte, como con Corinto, el “espíritu dórico”), la consolidarán años más tarde como la gran potencia política y comercial de la zona. Y la única capaz de frenar, de momento, el poder de Cartago. Pero en este instante, al menos en cuanto se refiere a nuestros hallazgos, esa preeminencia parece deberse más a los beneficios generados por su puerto que a un conjunto de producciones propias visibles en el Mediterráneo. En lo que nos ha llegado de estos años no existe ningún material que podamos considerar de producción siracusana ni lo encontraremos –y esto sólo en un porcentaje testimonial inferior al 5%– hasta finales del siglo IV a.C. En cambio, sí podemos apreciar su pujanza en las emisiones monetales de esta época que realiza *Emporiom* por primera vez utilizando cuños de tipo siracusano.

Pero éstos son los años (399-379 a.C.) de apogeo de Esparta en la Península Helénica y del fin de la independencia de las ciudades griegas, incluida Corinto, que desde principios de siglo ve recortada su capacidad comercial frente a los controles de los *harmostes* espartanos. Mientras, los persas, tras su victoria de *Cnido* (394 a.C.) se habían convertido en dueños de esa parte del

Mediterráneo, hecho que se consolidaría con la *Paz del Rey* ocho años más tarde imponiendo Esparta en tierra la misma hegemonía férrea que los persas habían impuesto en el mar. Así se aprecia también en el descenso del tráfico marítimo global. En cambio, en Occidente esta caída –mucho más moderada– fue amortiguada por las primeras producciones locales de los “bárbaros” helenizados, proceso de consecuencias definitivas en el desarrollo de las nuevas potencias que estudiamos. En la práctica conlleva la sustitución paulatina de las conocidas producciones áticas y corintias por nuevos géneros de calidad similar fabricados en centros como Tarento (¿y Siracusa?) que llegarán, incluso, a ser exportados a Oriente invirtiendo el sentido comercial de muchos años. Esto supone la lenta decadencia (en Occidente primero) del papel tradicionalmente desempeñado por Atenas y Corinto, la consolidación de la prosperidad de Cartago y la aparición de nuevas ciudades postulantes que, como Roma, comenzaban a posicionarse en la complicada red de alianzas del Mediterráneo¹⁴.

Si en este período estudiado los hallazgos son muy pobres (sólo un pecio encontrado cerca de Populonia con materiales etruscos), con el período siguiente ocurre todo lo contrario. Entre 375-350 a.C. en ambas mitades del Mediterráneo se produce una reactivación total de la actividad comercial propiciada tanto por la constitución de la nueva *Liga Marítima de Atenas* (377 a.C.), cuyo éxito efímero obtiene algunas victorias contra las plazas persas en Asia Menor, como por su nueva política en Occidente que hace recuperar para sus productos las costas hispanas a través de *Massalia* y de Cartago. Las nuevas necesidades de plata para pagar a los ejércitos de mercenarios y de plomo, de cuya fundición se extraía el minio para revestir de rojo los productos cerámicos,

¹⁴ De esta época data sus primeras relaciones con *Massalia*, en cuyo tesoro en Delfos los romanos habían depositado un trípode consagrado tras la toma de Veyes. Más tarde concedería a los massaliotas la franquicia de derechos aduaneros en los puertos del Tíber. Por otro lado, como aliada romana frente a Siracusa, que había ayudado a los galos, Caere recibió el *hospitium publicum* por el que los comerciantes y artesanos de Caere que vivían en Roma obtenían con ello las garantías jurídicas necesarias para el ejercicio de su trabajo (Chic-De Frutos, 1984: 220-221).

TRÁFICO MARÍTIMO EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

(SIGLOS V-IV AC)

1. IDENTIFICACIÓN DE LOS HALLAZGOS

- | | |
|---|--|
| 1. PUNTA BRACETTO (SIC., IT.) | 16. C.A.S. COSTA CATALANA (ESP.) |
| 2. C.A.S. COSTA DE CASTELLÓN (ESP.) | 17. LAS REDES (PTO. STA. MA., CÁDIZ, ESP.) |
| 3. C.A.S. PAÍS VALENCIANO Y DENIA (ESP.) | 18. PORTUS COSANUS (COSA, IT.) |
| 4. ISLA DE GALLINARIA (NW. IT.) | 19. PANAREA "ROGHI" (SIC., IT.) |
| 5. PUERTO DE SIRACUSA (SIC., IT.) | 20. RHODE (ROSAS, ESP.) |
| 6. CABO GRAZIANO "G" (SIC., IT.) | 21. CABRERA "B" (CABRERA, ESP.) |
| 7. FONDEADERO NORTE DE NA GUARDIS (MALL., ESP.) | 22. CABO GRAZIANO "B" (SIC., IT.) |
| 8. MARZAMEMI "H" (SIC., IT.) | 23. ISOLA DELLE FEMMINE (SIC., IT.) |
| 9. PLANE "B" (BAHÍA DE MARSELLA, FR.) | 24. VULPIOLIA (SIRACUSA, SIC., IT.) |
| 10. CALA DEL PICCIONE (N. IT.) | 25. VENTOTENE "A" (C. ITALIA) |
| 11. CABO GROS "D" (S. FR.) | 26. GRAND BASSIN "A" (SW. FR.) |
| 12. LA CIOTAT "B" (S. FR.) | 27. TOUR DU CASTELLAS (S. FR.) |
| 13. POINTE BACON (S. FR.) | 28. MASSALLA (MARSELLA, FR.) |
| 14. BARCO DEL SEC (MALL., ESP.) | 29. CUEVA DEL JARRO "A" (ALMUÑÉCAR, ESP.) |
| 15. EMPORION (AMPURIAS, ESP.) | |

2. PROCEDENCIA DE LOS PRINCIPALES MATERIALES DE CADA HALLAZGO

	CORINTIOS		ITALIOTAS
	MINORASIÁT.-EGEOS		SICILIOTAS
	ÁTICOS		MASSALIOTAS
	ETRUSCOS		AMPURTANOS
	PÚNICOS		FENICIOS
	EBUSITANOS		IBÉRICOS

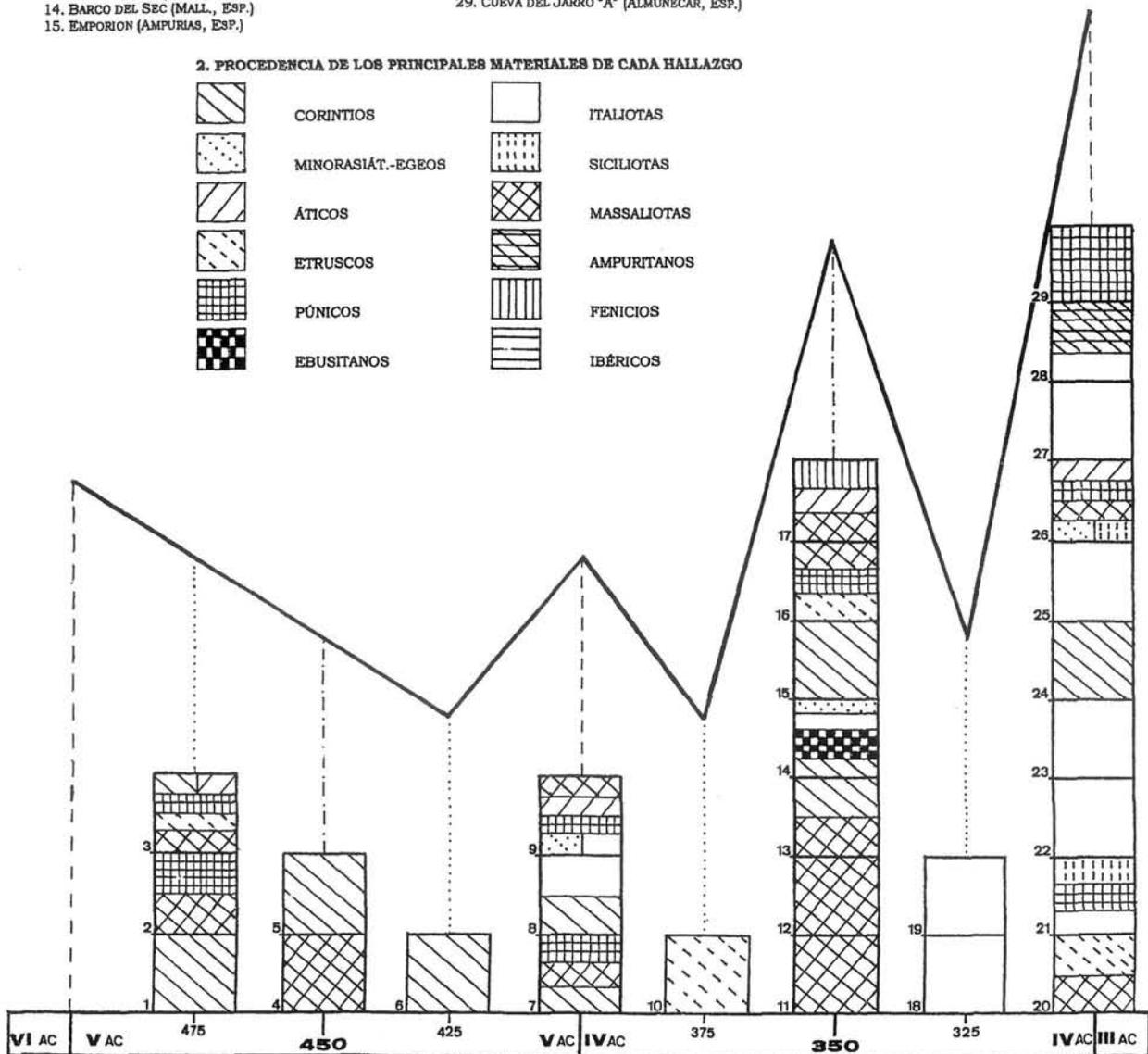


FIG. 1. Tráfico marítimo en el Mediterráneo occidental (siglos V-IV a.C.).

facilitan el auge creciente del emporio massaliota que, además, había recuperado por entonces el comercio del estaño y del ámbar. Esta nueva posición de *Massalia* es visible en la composición de nuestro gráfico, donde sus materiales ocupan un 45% del total analizado, incluso en dos casos con pecios de carga única, hecho a cuya importancia ya nos hemos referido antes.

No desaparece Corinto del panorama comercial en esta parte del Mediterráneo donde, como en un “canto de cisne”, parece reverdecer sus laureles en los mercados (un 24,3%). Pero este hecho se debe más a la pérdida definitiva de los competidores griegos orientales (los atenienses no pasan del 4,7% y los minorasiáticos-egeos de un 3%) y al apoyo de Siracusa en Occidente, que a una pretendida salud del comercio propio. Desde 360 a.C., con su descomposición general entre enfrentamientos locales, el mundo griego parece empeñado en esperar a Alejandro. Ante el retroceso palpable del comercio de ámbito heleno, en Occidente, en cambio, se produce un relanzamiento moderado de los productos del ámbito fenicio-púnico-ebusitano que, juntos, llegan a suponer más del 15% de los materiales encontrados (4,7%, 7,6% y 3%, respectivamente). Por contra, los hallazgos de la Magna Grecia y Etruria poseen una representación testimonial (3 y 4,7%) ante la diversificación general de los puntos de origen representados.

El período que se inicia a mediados del siglo IV a.C. podemos considerarlo el de los grandes cambios. Ni primero la declaración de libertad de los mares y la prohibición de la piratería por Filipo en la *Liga Panhelénica de Corinto* (337 a.C.) ni su asesinato un año más tarde devolvieron a las ciudades griegas la vitalidad comercial de tiempos pasados. A ello se sumó la política proteccionista adoptada por los persas hasta la conquista de Alejandro (334-324 a.C.). Grecia sabía perdidos para siempre los mercados de Occidente y se volvía ahora, en busca de otros nuevos, hacia el Próximo Oriente, Persia y los pueblos asiáticos. Cuando cae Tiro en manos macedonias (332 a.C.)¹⁵ es Cartago la que se

resiente hasta el punto de que, en el precario equilibrio mediterráneo de estos años, un estorvido en la costa oriente podía acelerar las defensas naturales de las potencias en tensión al otro lado.

Los cartagineses, en su expansión político-comercial por el Mediterráneo centro-occidental, habían firmado con Roma un nuevo Tratado (el del 348: Pol. III, 24; Liv. VII, 27: 2) que consolidaba su área de dominio en la parte occidental de Sicilia, África y Cerdeña, así como en el litoral del sureste hispano, mientras reconocía de control romano el Lazio. Quedaba implícito –aunque disputado– el control por Siracusa de la parte oriental de Sicilia y la zona de los estrechos y el enfrentamiento de ambas con los italiotas, así como el de *Massalia* en el cuadrante norte, incluyendo Córcega, las zonas tradicionales de comercio etrusco en el Tirreno norte y las plazas foceo-massaliotas del noreste hispano. Los púnicos temían de *Massalia* su expansión hacia el sur por la costa ibérica, pero también de Siracusa el control por parte de su poderosa flota de los centros de interés económico mediterráneos¹⁶. Parece que la ciudad siciliota respondía con la fuerza y la piratería a su debilidad interna, fruto del fracasado proyecto de restauración moderada en la plaza liderado por Timoleón entre 344 y 337 a.C.

Nuevamente nos encontramos en este momento con la falta de contraste material de la posición de Siracusa, a la que hay que añadir además la del resto de los protagonistas. La excepción la constituyen los productos greco-italiotes en dos pecios de carga única y constituyendo el total de lo hallado. De ello no deberíamos extrapolar conclusiones erróneas en el tráfico marítimo ni en los mercados (los dos pecios pertenecen uno al entorno de la Sicilia griega y el otro al *Portus Cosanus*), sino más bien la evidencia del florecimiento comercial de estos territorios y el aumento de su capacidad y calidad de producción, que va a sustituir el tradicional barniz negro ático en la mitad norte del Mediterráneo occidental, mientras que los

¹⁵ Recuérdese que esta ciudad figuraba al igual que Útica como ciudad aliada de los púnicos en el citado Tratado del 348 a.C.

¹⁶ Probablemente fueran los siracusanos los autores de las incursiones por mar que actuaron contra *Antium* y en las bocas del Tíber por estos años: Liv. VII, 25: 3-4.

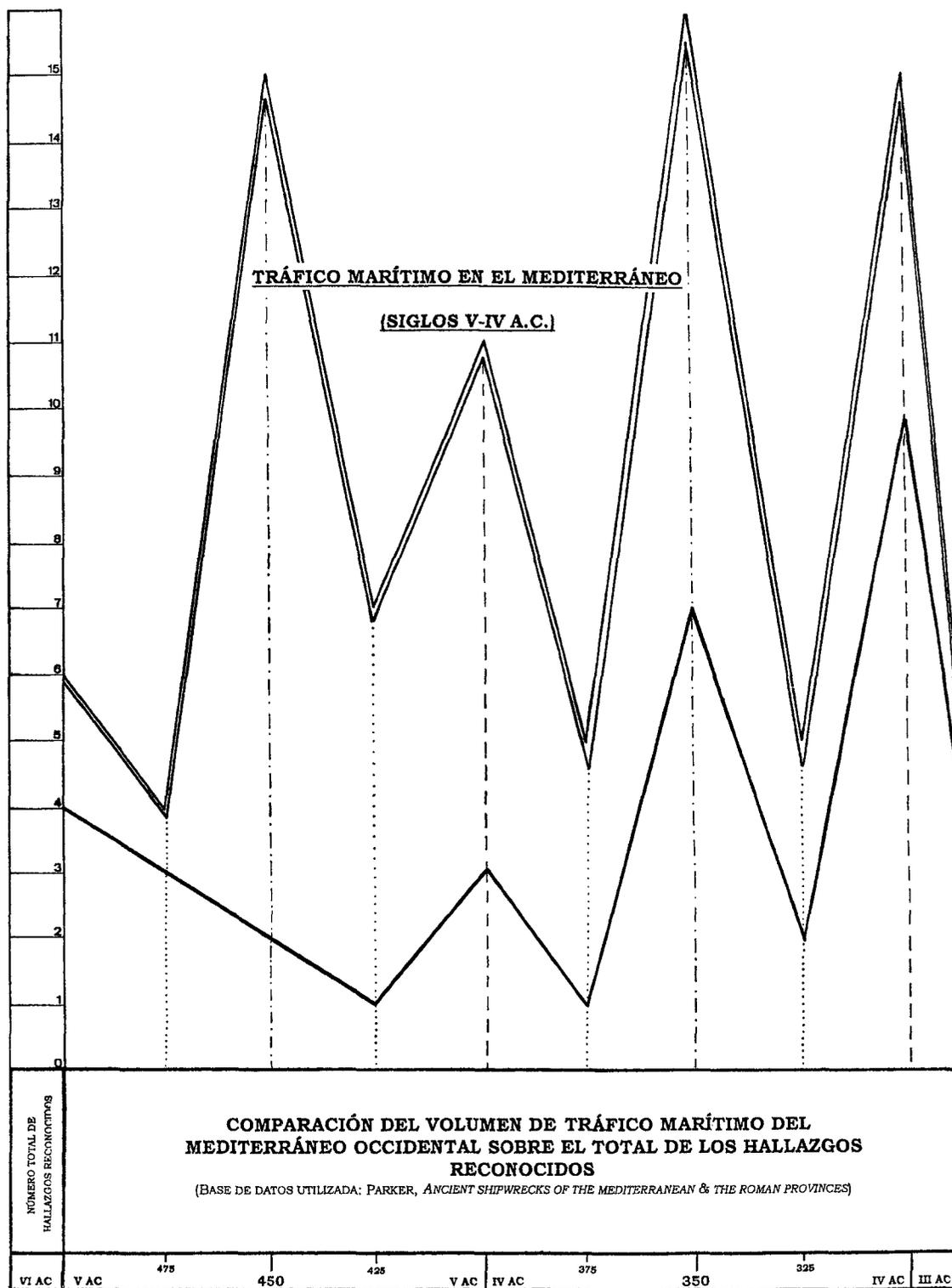


FIG. 2. Tráfico marítimo en el Mediterráneo (siglos V-IV a.C.). Comparación del volumen de tráfico marítimo del Mediterráneo occidental sobre el total de los hallazgos reconocidos.

cartagineses continúan comerciando con éstos en los poblados de la mitad sur del mismo Occidente mediterráneo.

Por fin, en el último cuarto del siglo IV (325-300 a.C.) se consuma el descabalgamiento de los imperios comerciales orientales con la nueva situación generada en Occidente, especialmente tras la muerte de Alejandro (323 a.C.). Hasta la llegada de Roma esta parte oriental ya no hallará descanso. Por primera vez en los dos últimos siglos el volumen global de tráfico marítimo detectado es mayor en la mitad occidental, lo que puede llevar a confusiones si se analiza por separado este índice, es decir, sin relacionarlo con los datos de referencia citados. Pero, mientras el comercio en la cuenca oriental se reduce a mínimos históricos, en esta parte los mercados hierven en una confluencia plural de producciones que en la mayoría de los casos ya no alcanzan porcentajes destacados (corintias 10%, massaliotas 7,5%, ampuritanas 7,5%, etruscas 5%, siciliotas 4,5%, áticas 2,5% y minorasiáticas-egreas 1,25%).

El propio peso de la historia se está imponiendo en los mercados y ya no puede quedar sitio para esta confluencia plural cuando se están conformando definitivamente las dos potencias políticas, militares, económicas y comerciales del Mediterráneo. En su expansión hacia el sur de la Península Itálica —la zona más rica y de mayor vitalidad comercial— Roma, a través de alianzas, tratados, ofrecimientos de ciudadanía o conquista, prácticamente unifica esa zona de mercado (Capua, Cumas y Neapolis incluidas). Y al final del siglo su posición es privilegiada hasta el punto de firmar sendos tratados con Cartago en el 306 a.C. (Liv. IX 43, 26) y con Tarento en el 302 a.C. (App. *Samm.* VII 1-3), el otro coloso del comercio de tradición helena. Los púnicos necesitaban ese coyuntural apoyo para proseguir su hasta ahora frustrado empeño contra Agatocles y Siracusa (311-306 a.C.), así como para disuadir un más que previsible frente rodio-romano (Pol. XXX 5, 6-8). Los romanos, en cambio, daban por bueno el *status* que les reconocía su predominio peninsular, al menos mientras liquidaban definitivamente los frentes abiertos en suelo centro-italico.

Pero mientras los púnicos aumentaban la presión marítima tratando de ampliar su cuota de mercado (sólo de poco más de un 15%) se consolida definitivamente como nuevo emporio

comercial el territorio de la Magna Grecia, que casi aporta ya la mitad de los hallazgos, cuatro de los cuales (los encontrados en Cabo Graziano e Isola delle Femine en Sicilia, Ventotene en Italia Central y Tour du Castellat al sur de Francia) son de carga única de greco-italicas vinarias A1, uno de los productos más reputados de la nueva época que se abre al filo del siglo III a.C. Curiosamente en estos años Cartago inicia sus emisiones monetales y lo hace según el sistema metroológico fenicio-ptolemaico. El mismo que Siracusa, lo que puede entenderse como una reorientación de la agresiva política de Cartago que, poco después de ver asediados sus muros por el mismísimo Agatocles, se ve obligada a salvarle la cabeza frente a sus conciudadanos y a restaurar su tiranía —ahora con título real— bajo su amparo. Lo que los cartagineses temían, sin embargo, era la alianza de Siracusa con alguna de las nuevas potencias que se estaban formando. Y fue eso precisamente lo que muchos años más tarde otorgaría a Roma su victoria en Sicilia, tras poner de su lado a Hierón.

Roma, entre tanto, ha iniciado su propio proceso de *refundación* sobre nuevas bases sociales y redefiniendo sus tradicionales aspiraciones políticas a partir de un agresivo posicionamiento centro-italico, a lo que se suman los primeros pasos para el establecimiento de una política de ultramar en el Tirreno cercano. A lo largo de esta segunda mitad del siglo IV se intensifican los contactos con la Magna Grecia a través de plazas privilegiadas cuya potencialidad económica y comercial las convierte definitivamente en “plataformas de asalto”. En el 338 a.C. se conquista *Antium*, capital y puerto de los volscos a los que se les retiraron las naves de combate y se les vetó el acceso al mar (Liv. VIII 14, 8; Plin. *NH* XXXIV 11) y en el 320 el centro comercial de *Arpos* (Liv. IX 13, 6-12). Entre el 314 y el 301 se fundan las primeras colonias costeras (Terracina, Pontias, Córcega y Suessa)¹⁷ y en 306 (Liv.

¹⁷ Terracina en el 329 (Vel. Pat. I 14, 4), Pontias y Suessa en el 313 (Diod. XIX 101, 1-3; Liv. IX 28, 7; *Per.* IX; Vel. Pat. I 14, 4: 322 a.C.), y Córcega en torno a esa misma fecha (Plin. *NH* III 57; Teofr. *HP* V 8, 2; cfr. Diod. XV 27, 4, que la sitúa en el 378 a.C. y Pol. I 24, 7). También en De Martino, 1985: 55. Para el caso de Cerdeña *vid.* Cássola, 1968: 32-33, donde sitúa su fundación en 386. A éstas le siguieron ya a principios del III a.C. Minturnae y Sinuessa (295: Vel. Pat. I 14, 6).

IX 43, 26) y 301 –circa– (App. Ital. VIII 1) se establecen los citados tratados con Cartago (*tertio renovatum*) y con Tarento que –recordemos–, junto a Siracusa, quedan como colosos de la política y el mercado internacionales del momento. Son acuerdos de respeto a las respectivas áreas de control e influencia, de reconocimiento de los intereses de cada uno y la voluntad explícita de no disputarlos, pero también una demostración inequívoca de que la situación general es inestable, que ha cambiado mucho en los últimos años, y de que Roma está ascendiendo rápidamente a la categoría de estado. A esto habría que sumar el deseo de ésta de entrar cuanto antes en la zona comercial italiana adoptando para ello las reformas estructurales necesarias: en torno al 326 se emiten las primeras monedas de bronce romano-campanas y sobre el 310 el primer nominal de plata, los conocidos didracmas de tradición greco-italica¹⁸. Recordemos que éstos habían sido prácticamente los mismos pasos que habían seguido los otros centros económico-comerciales de esta parte del Mediterráneo (*Massalia, Emporium, Rhode*). A finales de este siglo ya es patente en Ostia la ampliación del área del puerto (que incluía, además, la dedicación de un Templo a Portunus: Varrón, *LL VI 19*), hecho que habría que relacionar, por ejemplo, con la creación de los *Ilviri navales* con la finalidad de organizar la flota (311 a.C.) y con el establecimiento de contactos oficiales con Rodas (en torno al 305: Pol. XXX 5, 6-8; Liv. XLV 25, 9. Grimal, 1978: 110), a saber, una de las más experimentadas potencias navales del Mediterráneo.

Fuentes

- APIANO: *Historia Romana*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos. 1980.
 DIODORO SÍCULO: *Biblioteca Histórica*. Londres: The Loeb Classical Lybrary, 1968, 1969, 1971 y 1977.

¹⁸ Herrero, 1994: 210-211. Junto a la *Historia económica de la Roma Antigua, op. cit.*, 69-73 y la *Storia della Costituzione Romana*, II. Nápoles, 1973, p. 8, ambas de F. de Martino. Queda claro que no existe acuerdo entre los especialistas numismáticos sobre las primeras emisiones romanas tal como demuestra este autor en su estudio sobre el estado de la cuestión. A nosotros nos parece más “histórica” desde nuestra concepción del momento la cronología que hemos dado.

- FLORO: *Epitomae (de Tito Livio Bellorum Omnium Annorum DCC)*. Londres: The Loeb Classical Lybrary, 1966.
 LIVIO, T.: *Ab Urbe Condita*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 1990 y 1993.
 – *Periochae*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 1995.
 PLINIO: *Naturalis Historia*. Londres: The Loeb Classical Library, 1989.
 POLIBIO: *Historias*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 1981 y 1983.
 SOSYLOS, en JACOBY, F. *Fragmenta Graecorum Historicorum (Die fragmente der Griechischen Historiker)*. Leiden, 1968, p. 176, f. 3.
 TEOFRASTO: *Historia de las plantas*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 1988.
 VARRÓN: *De lingua latina*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 1998.
 VELEYO PATÉRCULO: *Res gestae Divi Augusti*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 1998.

Bibliografía

- ADROHER AUROUX, A. M. (1987-1988): “Cerámica de barniz negro en el Sureste: bases para un análisis geoeconómico”, *CPUG*, 12-13, pp. 185-194.
 ADROHER AUROUX, A. y LÓPEZ MARCOS, A. (1989): “Informe del estudio de cerámicas de barniz negro en el Museo Provincial de Almería. 1989”, *AAA*, vol. II, pp. 382-389.
 ALMAGRO, M. (1964): *Excavaciones en la Palaiapolis de Ampurias, EAE*, 27. Madrid.
 ÁLVAREZ, J. y CARRASCO, A. (1979-80): “Un lote de cerámica ática y campaniense del poblado ibérico de La Cadira del Bisbe (Premiá de Dalt, Maresme)”, *Pyrenae*, 15-16, pp. 242-249.
 ARANEGUI GASCO, C. (1994): “Arse-Saguntum: una estrategia para consolidar el poder”. En *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, I. Ciclo de Conferencias (Madrid, 25 y 26 de noviembre de 1993). Madrid, pp. 31-43.
 – (1995): “Sacra loca iberica”. En ARCELIN, P.; BATS, M.; GARCÍA, D. et al. *Sur le pas des Grecs en Occident. Hommages à André Nickels*. Collection “Études Massaliètes” 4. París, pp. 17-30.
 ARTEAGA, O. (1981): “Las influencias púnicas. Anotaciones acerca de la dinámica histórica del poblamiento fenicio-púnico en Occidente a la luz de las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar”. En *La Baja Época de la Cultura Ibérica*. (Madrid, marzo de 1979). Madrid, pp. 117-159.

- (1994): “La Liga Púnica Gaditana. Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa en el mundo mediterráneo”. En *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos*. Ibiza, pp. 43-57.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J. J. (1990a): *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*. Albacete.
- (1990b): “El factor griego en la formación de las culturas prerromanas de la submeseta sur”, *CuPAUAM*, 17, pp. 11-15.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1981): “El mundo ibérico en los siglos inmediatos al cambio de era”. En *La Baja Época de la Cultura Ibérica...*, Madrid, pp. 17-29.
- CAMPO, M. (1992a): “La amonedación griega en el Golfo de León: Massalía”. En CHAVES TRISTÁN, F. (ed.), *Griegos en Occidente*, Sevilla, pp. 115-128.
- (1992b): “Inicios de la amonedación en la Península Ibérica: los griegos en Emporion y Rhode”. En *Griegos en Occidente...*, pp. 199-200.
- CHIC GARCÍA, G. y DE FRUTOS REYES, G. (1984): “La Península Ibérica en el marco de las colonizaciones mediterráneas”, *Habis*, XV, pp. 201-227.
- CLAVEL-LEVEQUE, M. (1985): *Marseille Grecque. La dynamique d'un impérialisme marchand*. París.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1950): *Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo (Mula-Murcia)*. Madrid.
- DE CHAZELLES, C.-A. (1995): “Le site protohistorique de Montlaurés (Narbonne, Aude). L'état des recherches”, *Archéologie en Languedoc*, 19, pp. 51-57.
- DE MARTINO, F. (1973): *Storia della Costituzione Romana*, vol. II. Nápoles.
- (1985): *Historia económica de la Roma Antigua*, vol. I. Madrid.
- EIROA, J. J. (1989): *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*. Murcia.
- GALVÁN MARTÍNEZ, V. y MARTÍNEZ DÍAZ, B. (1992): “La Carta Arqueológica Submarina de Ibiza. Informe de las campañas de 1983-1986”, *CAM*, I, pp. 167-176.
- GARCÍA CANO, J. M. (1982): *Cerámicas griegas de la región de Murcia*. Murcia.
- 1985: “Cerámicas áticas de figuras rojas en el Sureste peninsular”. En PICAZO, M. y SANMARTÍ, E. (org.), *Cerámiques gregues i helenístiques a la Península Ibérica*. Barcelona, pp. 59-70.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. “El auge de Cartago (s. VI-IV) y su manifestación en la Península Ibérica”. En *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos*. VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1993). Ibiza, 1994, pp. 7-22.
- GRACIA ALONSO, F. (1995): “Producción y comercio de cereal en el NE de la Península Ibérica entre los siglos VI-II a.C.”, *Pyrenae*, 26, pp. 91-113.
- GRIMAL, P. (1978): *El helenismo y el auge de Roma: el mundo mediterráneo en la Edad Antigua*. Madrid.
- HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. y SALA SELLES, F. (1996): *El Puntal de Salinas. Un hábitat ibérico del siglo IV a.C. en el Alto Vinalopó*. Villena.
- HERRERO ALBIÑANA, C. (1994): *Introducción a la Numismática Antigua (Grecia y Roma)*. Madrid.
- LAMBOGLIA, N. (1954): “La cerámica ‘precampana’ della Bastida”, *Archivo de Preha. Levantina*, V, pp. 105-139.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1991a): “Cartago y la Península Ibérica: ¿imperialismo o hegemonía?”. En *La caída de Tiro y el auge de Cartago* (Ibiza, 1990). Palma de Mallorca, pp. 73-86.
- 1991b: “El imperialismo cartaginés y las ciudades fenicias de la Península Ibérica entre los siglos VI-III a.C.”. En *Studi di Egittologia e di Antichità puniche* (Acquaro-Pernigotti), IX, pp. 87-107.
- LÓPEZ DOMECH, R. (1984): “Los vasos áticos del siglo IV a.d.C.; elemento de interacción comercial en la región de Albacete”. En *Congreso de Historia de Albacete. I. Arqueología y Prehistoria*. Albacete, pp. 139-143.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1966): “Nuevos datos para el estudio del comercio prerromano en el Mediterráneo Occidental”, *Pyrenae*, 2, pp. 185-190.
- (1985): “Comercio continental focense en la Extremadura Central”. En *Cerámiques gregues i helenístiques...* Barcelona, pp. 19-25.
- MARTÍN CAMINO, M. (1994): “Carthago Nova”. En *Leyenda y Arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, I. Ciclo de Conferencias (Madrid, 25 y 26 de noviembre de 1993). Madrid, pp. 45-59.
- MARTÍN I ORTEGA, M. A. (1982): “Aportació de les excavacions de Roses a l'estudi del comerç massaliota a l'Alt Empordà, en els segles IV-III a.C.”, *Cypsela*, IV, pp. 113-122.
- MEZQUIRIZ, M. A. (1954): “La cerámica de importación de San Miguel de Liria”, *Archivo de Preha. Levantina*, V, pp. 159-176.
- MIRÓ, J. (1989): “Ánforas arcaicas en el litoral catalán. Un estudio acerca de las primeras importaciones de vino en Cataluña (625-500 a.C.)”, *AEspA*, 62, pp. 21-70.
- MURILLO REDONDO, J. F. (1994): “Griegos e indígenas en la Península Ibérica. Testimonios materiales”. En VAQUERIZO GIL, D. (coord.): *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica. Una aproximación a las relaciones culturales en el marco del Mediterráneo Occidental clásico*. Actas del Encuentro Internacional celebrado en la

- Universidad de Córdoba, del 3 al 5 de marzo de 1993. Córdoba.
- OLIVA PRAT, M. (1968): "Nuevo importante yacimiento prerromano en el Ampurdán: el poblado de Puig Castellar (Pontós, Gerona)", *Pyrenae*, 4, pp. 171-173.
- OLIVER FOIX, A. y GUSI JENER, F. (1991): "Los primeros contactos comerciales mediterráneos en el Norte del País Valenciano (siglos VII-VI a.C.)". En REMESAL, J. y MUSSO, O. (coord.): *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Barcelona.
- OLIVER, A. y GUSI, F. (1995): *El Puig de la Nau. Un hábitat fortificado ibérico en el ámbito mediterráneo peninsular*. Castellón.
- OLMOS, R. (1985): "Nuevos enfoques para el estudio de la cerámica y de los bronceos griegos de España: una primera aproximación al problema de la helenización". En *Cerámiques gregues i helenístiques...* Barcelona, pp. 7-17.
- PARKER, A. J. (1992): *Ancient Shipwrecks of the Mediterranean & the Roman Provinces*. Oxford.
- PETIT, P. (1982): *Historia de la Antigüedad*. Barcelona.
- PONSICH, M. (1969): "Les ceramiques d'imitation: la campanienne de Kouass", *AEspA*, 42, pp. 56-80.
- PUJOL I PUIGVENÍ, A. (1985): "Apunts sobre socio-economia dels poblats ibèrics del litoral gironí", *Pyrenae*, 21, pp. 57-60.
- ROUILLARD, P. (1985): "Les céramiques grecques archaïques et classiques en Andalousie: acquis et approches". En *Cerámiques gregues i helenístiques...* Barcelona, pp. 37-42.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1984): "El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, el Bajo Aragón y la Cataluña interior", *Kalathos*, 3-4, pp. 51-70.
- SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, M. C. (1987): "Ánforas masaliotas de la costa levantina. Nuevas adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional", *AEspA*, 60, pp. 221-229.
- SANMARTÍ-GREGO, E. (1994): "Excavaciones en Emporion: historia y arqueología". En *Leyenda y arqueología...* Madrid, pp. 23-30.
- SANMARTÍ-GREGO, E.; CASTANYER, P.; TREMOLEDA, J. y SANTOS, M. (1995): "Amphores grecques et trafics commerciaux en Méditerranée occidentale au IV^e s. av. J.C. Nouvelles données issues d'Emporion". En *Sur les pas des Grecs en Occident...*, París, pp. 31-47.
- SOLIER, Y. (1976-78): "La culture ibéro-languedocienne aux VI^e-V^e siècles", *Ampurias*, 38-40, pp. 211-264.
- VALL DE PLA, M. A. (1971): *El poblado ibérico de Covatja (Albaida-Valencia). I. El poblado, las excavaciones y las cerámicas de barniz negro*. Valencia.